

Navidad en familia

Martín del Rosario



Image not found.

Capítulo 1

Para César Fuentes la Navidad no era más que un falso festejo impuesto por el jodido mundo capitalista. «Si vamos a su esencia—solía decir—, estaríamos celebrando el nacimiento de un niño con poderes, y yo no creo en eso.» De todas formas, año tras año desde el nacimiento de Josh, su primer hijo, quien apenas contaba con seis primaveras, se calzaba la barba blanca y el traje rojo para sorprenderlo. *Las cosas que hay que hacer cuando uno es padre*, pensaba.

Esa Navidad no sería la excepción, aunque aún no había podido comprar los regalos el mes anterior por culpa de su trabajo, como solía hacer todos los años, ya que según él «en diciembre la gente se vuelve loca, mejor tener todo listo ya para entonces.»

También contrariamente a años anteriores, las compras las realizó sin su mujer. El Northshop fue el lugar escogido, específicamente la tienda de juguetes Laughtland.

Mientras buceaba en un sinfín de figuras de acción plásticas, se cruzó con Linda Stewart, aunque en ese entonces aún no se conocían. Linda vivía en Pembringthon al igual que César, en un chalet estilo inglés. Hacía apenas dos meses había encontrado a su marido en la cama con otra mujer, un día en que ella tenía previsto llegar a casa sorpresivamente entradas las diecinueve, dos horas antes de su habitual arribo. Ese episodio derivó en el divorcio, con toda la suma de problemas que eso acarrea. Desde entonces vivía sola con sus dos hijas, Catherine y Lorraine. Pensaba que ese año las fiestas no serían fiestas en verdad. Y vaya si tenía razón.

Al salir de la juguetería, César se dirigió hacia el McDonald's a almorzar. En el camino, antes de llegar a la zona de locales de comida rápida, su mirada se topó con una extraña persona de demacrado aspecto, quien tenía la mitad de su rostro quemado. *Es el maldito Freddy Krueger*, pensó, aunque más deteriorado. Al llegar al local de alimentos y ver la enorme fila de espera que había detrás de las cajas para realizar el pedido, decidió que sería mejor ir a comer a casa. *Diciembre*, se dijo.

Mientras tanto, Linda salía de Laughtland con dos grandes y pesadas bolsas. Fue directo rumbo al estacionamiento, donde había dejado aparcado su viejo e intacto Volvo. Colocó los regalos de sus hijas en el baúl, que era grande como el culo de un mamut, solía decir. Al subir y poner en marcha el motor, vio desinteresadamente la figura de una persona que avanzaba entre las hileras de autos. *Su pelo parece telaraña*,

dijo en su interior. *Qué horror.*

Salió del shopping y se dirigió hacia su hogar. Sus hijas la estaban esperando al cuidado de Claudia, la niñera extranjera proveniente de Latinoamérica, listas para almorzar y ansiosas por la Navidad que se acercaba. Ninguna de ellas era consciente del infierno que les esperaba.

Sophie tenía un gran espíritu navideño. Todos los años, a partir del ocho de diciembre, junto con el gran árbol de Navidad que decoraba siempre de manera distinta, adornaba toda la casa con guirnaldas y luces de colores. En el living, el cuarto más grande de su hogar, armaba una gran maqueta repleta de casitas nevadas, luces tenues y falsos pinos de plástico.

Disfrutaba de sus escasos veintiún años y la vida en el lecho familiar, aunque ya tenía proyectos de mudarse con su príncipe azul en un futuro no tan lejano.

La mañana del veintitrés se encontraba trabajando en el consultorio (era secretaria en un centro de cirugía) cuando por fin dieron las 15:00, la hora de partir. Se dirigió hacia la boca del subte más cercana, que se hallaba justo en la esquina. Como siempre, el tren no tardó en llegar. Subió y tomó asiento en una de las butacas vacías. Detrás de ella ingresó una persona un tanto llamativa, quien captó su atención. La piel del hombre en la mitad derecha de su cara estaba completamente corrugada, y los pocos pelos que tenía en la cabeza parecían telarañas de color dorado. Además, en el lado quemado de su rostro, si uno era por demás observador, podía apreciar los dientes del sujeto a través de una leve bifurcación que tenía en el labio, seguramente producto de las severas quemaduras. Sophie reparó en esto, lo que le propinó más de un escalofrío.

Al caer el sol, Sophie dejó su hogar y se dirigió hacia el de su novio. Como hacía cada vez, excepto cuando las nubes invadían los cielos dispuestas a cubrir de agua a cada uno que se atreviera a desafiarlas, realizó a pie las siete cuadras que separaban su casa con la de su príncipe, con los auriculares puestos y la música a todo volumen. La clásica Mr. Brightside de los muchachos provenientes de Las Vegas, The Killers, sonaba al máximo. Sentía la necesidad de cantar a los gritos, mientras imaginaba ser la chica del videoclip de la canción. Inmersa en sus pensamientos y aturrida por la música no pudo notar cuando el auto frenó a sus espaldas.

En una fracción de segundo sintió que algo cubría su rostro, algo con aroma a... Pero en esa fracción de segundo no pudo razonar nada, ni siquiera determinar aquel aroma, y luego todo se puso negro.

Linda decidió obviar la cena cuando sus dos pequeñas quedaron tumbadas luego de un duro día de tenis. Las tres solían concurrir al Pembringthon House Tennis Club, donde pasaban largas tardes jugando sin cesar bajo la luz del sol. Para acallar el pequeño murmullo que hacía su estomago al contraerse, tomó un poco del helado que había quedado del día anterior en el congelador. Luego, se dispuso a apagar las luces de la casa y se acostó.

Las tres se hallaban en el universo de los sueños, donde los problemas pierden sentido y las preocupaciones se ven abstraídas, cuando alguien irrumpió en el hogar. La puerta de entrada apenas contaba con la resistencia de una traba por demás endeble, dado que Pembringthon era sinónimo de seguridad, un lugar aparentemente impermeable a toda la crueldad del mundo.

Tras violar con facilidad el seguro de la puerta, el asaltante se adentró en la casa sigilosamente. Varias noches anteriores a aquella había estado observando a las mujeres mientras dormían, *pero esta vez es hora de llevarlas a casa*, se dijo. Primero fue en busca de las pequeñas, y luego a por Linda. Las anestesió sin inconvenientes y las condujo hacia su decrepita Ford 1100 con suma tranquilidad.

Era una noche fría y silenciosa.

Cuando César abrió los ojos ya no se hallaba tendido en el sillón de su casa. Recordaba haberse quedado dormido en el living mientras miraba la repetición de un partido de la Premier League inglesa, donde el Tottenham se lucía frente a los Hammers. Por el contrario, ahora se encontraba atado fuertemente a una silla de madera, en un lugar donde reinaba el olor a humedad y a tierra mojada. Pudo notar que allí había otras personas, aunque el lugar permanecía en penumbras. Sin entrar en pánico, intentó desatar las ataduras, pero fue en vano. La cinta aislante que cubría su boca le impedía pronunciar palabra alguna, por más esfuerzo que hiciera. *¿Estoy soñando...? pensó. Seguramente, nada de esto tiene sentido.*

Escuchó el sollozo de alguien que se encontraba sumergido en la oscuridad absoluta con él, y dedujo que también tenía la puta cinta aislante taponándole la boca. Seguido de aquel grito silencioso oyó otro, y luego otro más, hasta que el ambiente se vio invadido por una orquesta de voces que deseaban decir algo y morían en el intento.

Tras fracasar en varios intentos por desatar la soga que la tenía apresada, y tras intentar gritar con todas sus fuerzas sin lograr más que un débil sollozo, Sophie se dio por vencida. No podía comprender qué estaba ocurriendo, dónde estaba ni quiénes eran aquellos que en la oscuridad intentaban dar un grito desesperado al igual que ella. Sólo tenía la certeza de que fuera lo que fuese que estaba pasando, era algo terriblemente malo. Recordó aquella película que tanto la había aterrado cuando era chica, y se preguntó si alguien similar a Leatherface sería el responsable de algo como aquello. Lo último que recordaba era al cantante Brandon Flowers recitando el estribillo de una de sus canciones preferidas: «Jealousy, turning saints into the sea...» Estaba a pocas cuerdas de llegar a lo de su novio, quizá eran dos, pero no estaba segura. A partir de ahí hasta que despertó atada a una silla en algún lugar recóndito del planeta, todo se sumergía en una espesa neblina. ¿Y cuándo había sido ese último día que recordaba yendo a lo de su enamorado? Tampoco estaba segura. Era probable que en ese momento su familia estuviera buscándola incansablemente. La idea de que sus seres queridos estarían sufriendo a causa de su desaparición le embargó una mezcla de ira y tristeza. No merecían pasar por esa situación. No después de la repentina muerte de su hermano mayor en aquel choque de mierda. ¿Y si todo se trataba de una vil broma pesada? No, imposible. No creía que alguien pudiera tener la mente tan enferma como para llegar a eso. Los nervios empezaron a ganar terreno, cuando sintió perder la calma por completo. Comenzó a llorar, nerviosa, y entonces las luces se encendieron, alejando a las tinieblas.

Se alzó una voz desde algún lugar del cuarto:

—Buenas noches, familia. Por fin estamos juntos de nuevo.

Un terror inenarrable se dibujó en los rostros de las hijas de Linda. A ella le parecía haber visto ya a ese hombre en algún lugar, pero no recordaba cuándo ni dónde, contrariamente a Sophie que recordó al instante haberlo

visto en el subterráneo al salir de su trabajo.

Freddy Krueger, se dijo César. Era la misma criatura que se había cruzado en los pasillos del Northshop. *Definitivamente estoy soñando.*

—No hay como una Navidad en familia —dijo el hombre, esbozando la sonrisa más sónica de toda la galaxia.

Las sillas a las que se encontraban atados estaban distribuidas alrededor de una mesa de madera. Sobre la mesa platos sucios, uno por cada uno. César notó que sobre su plato había una servilleta casi negra por la suciedad, doblada desprolijamente, que tenía un nombre inscripto en fibra roja indeleble: «George». Sobre la de Linda se podía leer «Laurie», mientras que en la de Sophie se divisaba «Marilyn». Catherine y Lorraine eran ahora Angelina y Jennifer, respectivamente.

—Oh, claro... Qué descortés... —dijo, y quitó las cintas, una por una.

Nadie emitió palabra alguna. Todos se encontraban paralizados, como esculturas de un tétrico museo de cera.

—Entiendo la emoción que tienen, yo también la siento. La familia unida una vez más para pasar la Navidad... ¿Cómo estuvo el verano, papi?

—preguntó el hombre, dirigiéndose a César.

—¿Pa...? ¿Papi? Esto tiene que ser un error... Yo no soy... —interrumpió su discurso al ver que el semblante de aquel individuo estaba cambiando furiosamente. Entonces dijo: —¿Quién sos?

—Veo que el verano fue duro, papi, como cada año. Siempre olvidás a tu pequeño Charlie... —respondió.

—Yo no soy tu padre, asqueroso hijo de pu... —Con un fuerte golpe en la cara, Charlie interrumpió la frase de César, a quien le afloraron pequeños hilos de sangre provenientes de su nariz.

Las más pequeñas no aguantaron y rompieron en llanto. Charlie se parecía más a un monstruo que a un ser humano, tenía la mitad de su cara quemada, le faltaba un trozo de labio y de oreja. Sus dientes oscilaban entre el amarillo y el negro más putrefacto, y su cabello parecía telaraña dorada. Al ver sus llantos, Charlie se dirigió hacia ellas.

—Angie, Jenny, disculpen. Saben que papi a veces se pone un tanto agresivo conmigo, y no me deja alternativas... Las extrañé, hermanitas.

Al oír lo que Charlie decía a sus hijas, Linda perdió la calma y salió de ese estado de parálisis en que se encontraba sumergida. Comenzó a gritar con todas sus fuerzas, pidiendo ayuda. No sirvió de nada, más que para

ganarse un fuerte golpe al igual que César.

—Siempre siguiendo sus pasos. Nadie puede escucharte ahora, mami.

Sophie seguía aturdida cuando Charlie se dirigió hacia ella. Sin escatimar, la besó en la boca.

—Por fin nos vemos de nuevo, Sophie. Te extrañé más que a nadie.

Era tal el pánico en que había entrado Sophie que se vio imposibilitada de hacer algún tipo de movimiento. Charlie comenzó a besarla con más intensidad, insertando su lengua en la boca de la joven.

—Siempre provocás esto en mí, hermana —susurró Charlie en el oído de su supuesta hermana, mientras que con sus manos le apretaba los pechos.

Desató la soga que apresaba a Sophie a la silla y la obligó a ponerse de pie. Luego la condujo contra la pared, donde comenzó a desvestirla, sin dejar de besarla. Linda indicó a sus hijas con un gesto que cerraran los ojos. Ellas accedieron de inmediato.

Las lágrimas rodaban por la mejilla de quien ahora se había transformado en Marilyn, mientras quien creía ser su hermano la penetraba sin compasión. Un par de minutos después el acto había culminado, y se encontraba nuevamente atada en la silla.

Charlie se vistió y se dirigió hacia otra habitación. El silencio reinaba en la mesa, donde su inventada familia comenzaba a cuestionarse si saldrían con vida de aquel lugar. Volvió un minuto después con una gran fuente oxidada, y sirvió en cada plato una porción de algo que parecía ser una sopa, que por su aspecto era tan añeja como la injusticia.

—Tu plato preferido, Georgie. Espero que les guste.

Al ver que nadie tenía la intención de probar bocado, Charlie se vio indignado y se dirigió hacia Linda.

—Siempre hay que obligarlos a comer...

Sin titubeos, tomó el pulgar de Linda y lo mordió con tanto vigor que terminó arrancárselo. El grito de dolor de la mujer llenó el aire. Automáticamente todos comenzaron a comer como perros, lamiendo los platos. Sophie sintió más de una vez la necesidad de devolver, pero pensó que mejor sería aguantar.

El reloj marcaba las 00:02 del 25 de diciembre, cuando todos terminaron su apetitosa comida. Al notar esto, Charlie se levantó de su asiento ubicado en la cabecera de la mesa y, sonriendo, se dirigió hacia todos.

—¡Feliz Navidad, familia! —exclamó, alzando los brazos.

Nadie respondió. César reanudó los esfuerzos para librarse de las ataduras, pero acabaría sin éxito. En el ambiente se palpitaba el terror más profundo.

—Llegó tu hora preferida, papi: la hora de la pirotecnia. Aunque esta vez no voy a ser yo el quemado, y ni tus petacas te van a salvar, borracho de mierda —dijo Charlie, riendo lúgubrementemente a carcajadas. Del interior de su apolillado saco desenfundó un calibre 9 milímetros y lo colocó sobre el cráneo de César, quien no alcanzó a decir nada. La desesperación en los rostros de todas las mujeres allí presentes fue la última imagen que se llevó de este mundo.

Luego, dirigió la mirada hacia el resto.

—Se van a arrepentir de haberme dejado solo —dijo a todas ellas.

El frío amanecer navideño llegó renovando el espíritu de muchos. La nieve caía incesantemente mientras el sol salía detrás de las nubes, resplandeciéndolo todo. Charlie se había ocupado de los cuerpos hasta la salida de nuestra estrella. La Nochebuena había sido todo un éxito, por lo que nada pudo afectar su buen humor. Además esa tarde se dirigiría rumbo a Happiness para vigilar a su madre. Faltaban siete días para Año Nuevo.

Continúa el 31 de diciembre con *Año Nuevo en familia*.